

RELATOS

Historias con punto final

Hoy, martes, 8 de diciembre de 2009. Faltaba un minuto para las ocho de la mañana. El reloj de la mesilla había ido marcando, con el lento avance de sus números de luz roja, los minutos de una larga noche de insomnio. La mente no me había dejado conciliar el sueño. Daba vueltas sobre el mismo tema y buscaba una respuesta. ¿Qué debo hacer? La vida me había puesto ante una situación a la que pocos hombres, o quizás ninguno, se habían enfrentado... esa mañana podía conocer la fecha exacta de mi muerte... era tan fácil como encender mi viejo transistor de pilas a las ocho y media de la mañana.

El reloj marcó la hora en punto y bajé de la cama. Mi cuerpo casi se negaba a moverse, pero mi decisión estaba tomada. Debía saberlo. El destino me brindaba la oportunidad de conocer cuándo el libro de mi vida llegaría a su punto final. Eso me daría algunas ventajas. Podría poner en orden mi vida. Esperaba tener tiempo para hacer aquello que siempre había deseado, y ahora sabría cuándo hacerlo. Conocer el día de tu muerte, me decía, me haría vivir el resto de mi vida con ventaja sobre los demás mortales. Podría gastar hasta el último céntimo en lo que quisiera, sin tener que preocuparme por el futuro, porque éste, para mí, estaba perfectamente medido. Eso me decía mientras me arrastraba hasta el cuarto de baño. Mientras miraba la imagen del hombre desconocido que me devolvía el espejo, recordé como empezó todo, unos meses atrás...

Martes, 8 de septiembre de 2009. La fresca brisa de la mañana entró por la ventana y me despertó unos minutos antes de que sonara el despertador. El final del verano se dejaba sentir, y la luz del sol entraba con menos fuerza a esa hora temprana del día. Apagué la alarma para que no sonara y me levanté. Después de una rápida ducha, me dirigí a la cocina para prepararme el desayuno. Siempre aprovechaba ese tiempo para escuchar las noticias de la radio. Cogí el transistor y lo encendí. Llevaba años sin mover el dial del aparato, y siempre escuchaba la misma emisora. Me había acostumbrado ya a su estilo, y conocía por su nombre a los periodistas, corresponsales y técnicos que cada mañana me acompañaban. Pero ese día, al encen-



der la radio, no escuché voces conocidas, sino que una música con vagos aires folclóricos sonaba en medio de interferencias.

Moví el dial en espera de sintonizar la emisora, pero ni ésta ni ninguna otra aparecían en el altavoz. Después de un rato de infructuosa búsqueda, extrañado, volví a dejar el dial en el lugar donde sonaba aquella música, en espera de que comenzara algún boletín de noticias, y me dediqué a preparar un café y unas tostadas. Andaba afanado en mi tarea y casi sin prestar atención al sonido de la emisión, cuando la música llegó a su fin y una voz neutra anunció que eran las ocho y media de la mañana y el inicio de un serial titulado "Historias con punto final".

La voz de un narrador comenzó a relatar los avatares de la vida de un niño, nacido en una gran ciudad, hijo único de padres mayores, y que siempre gustó de la soledad. Siguió contando cómo aquel niño fue creciendo en medio del amor de sus padres, y como, cuando contaba doce años, sufrió el atropello de un coche, cuando iba camino del colegio, que le produjo un daño en su pierna izquierda que le haría cojear durante toda su vida.

La taza de café se congeló a medio camino entre la mesa y mis labios. Me quedé inmóvil, incapaz de hacer nada que no fuera escuchar con atención el relato que continuaba desgranando el narrador a través de las ondas: "... la vida de aquel niño quedó marcada por el accidente. Le provocó un miedo insuperable a los coches y su lesión lo alejó, aún más, de los chavales de su edad, siempre embarcados en jue-

gos en los que él ya no podía participar. Su mundo se fue estrechando y buscó el refugio de los libros. A través de ellos podría vivir las aventuras que la vida le había hurtado. Le gustaba imaginarse que era él quien descubrió el mapa de la Isla del Tesoro en el cofre de Billy Bones. Mil veces recreó en su imaginación aquel viaje a bordo de la 'Hispaniola' junto al pérfido John Silver y era él quien bajaba en busca del Centro de la Tierra y descubría aquel mundo perdido..."

A esas alturas ya me había olvidado por completo de mi desayuno. Aquella narración se ajustaba al milímetro a mi propia vida. El corazón latía fuerte en mi pecho y escuchaba con todos los sentidos alerta la señal de aquella emisora desconocida. Esperaba en cualquier momento que el relato derivara hacia algún punto que me fuera ajeno, que no tuviera nada que ver conmigo, pero aquella historia parecía haber sido escrita por mí mismo. No sólo era un relato fiel de mi infancia, sino que también ahondaba en la descripción de sentimientos nunca confesados.

La voz neutra anunció que eran las ocho horas y cuarenta y cinco minutos y que finalizaba el capítulo de hoy de "Historias con punto final". Terminaba anunciando el próximo capítulo para dos días después, y haciendo una sinopsis de su contenido: "... el amor imposible y nunca confesado hacia su prima...". Las últimas palabras casi ni se entendieron, pero estaba seguro que había pronunciado el nombre de Lucía, mi querida prima Lucía.

(SIGUE EN LA PÁGINA 21)

LA GUINDA

Saber/poder

Ángel Paz Rincón

Ciencia/política. Dimensiones sociales condenadas a entenderse.

La ciencia ya no tiene tanto poder: ella misma ha descubierto cada vez espacios más extensos de no-saber. Cada experto produce un anti-experto; un descubrimiento tiene efectos colaterales; la ciencia olvida los valores; los saberes son, cada vez más, construcciones sociales, las verdades se escriben con minúsculas... Además, necesita de la política para financiar sus proyectos, convertir la ciencia en tecnología e investigar en campos claramente politizados (medio ambiente y armamento, por ejemplo)

La política ya no tiene tanto saber: necesita de asesores expertos que le ayuden a tomar decisiones, a definir problemas. Cada político no solamente tiene que tener en cuenta las luchas de intereses, propios de los diferentes espacios políticos de una democracia, sino los datos que la ciencia le muestra. Necesita a la ciencia para legitimar sus decisiones, camuflar intereses y dar un cierto aire de universalidad a sus medidas coyunturales impuestas por el carácter urgente de sus decisiones.

Ambos campos son inestables e interdependientes. Es una situación novedosa en la que solamente hay una solución para avanzar: la participación. En la sociedad del conocimiento, tanto para controlar el poder del saber como el saber del poder, es necesario un mayor desarrollo de aquello que arrastramos, a duras penas, de la modernidad: la democracia. Los saberes son la materia prima de la sociedad del conocimiento que exige una política de reparto y distribución. Son dos formas de razonar diferentes en campos de actuación distintos. En ambos casos la incertidumbre convive con los saberes y con los poderes. Ni saber seguro ni poderes absolutos, pero ¡ojo!, sin caer en relativismos nihilistas.



Benito Macías Trujillo

Trabajador de RNE

I° premio Modalidad B Narraciones Cortas 2009